

recer sobre los artículos firmados, dió la única respuesta que era de esperar de un hombre piadoso é ilustrado, respuesta que provocó las mas claras señales de arrepentimiento y dolor de parte del Pontífice. Ya el emperador habia temido que el cardenal diese á Pio VII consejos contrarios á lo que acababa de hacerse en el convenio, puesto que al marchar de Fontainebleau dijo al Papa con una sonrisa irónica: «Ahora ireis á confesaros con el cardenal di Pietro.» Desde el punto en que recibió la carta Napoleon atribuyó principalmente á este cardenal la revocacion del concordato. Al dia siguiente el coronel Lagorse fué á decir al cardenal Pacca, hallándose este aún en cama, que el emperador encargaba á él y á Consalvi dijieran al Papa que el cardenal di Pietro habia sido echado del palacio y desterrado á una ciudad de Francia, por haber sido convicto de ser enemigo del Estado.

El coronel tenia aún otra comision que desempeñar (1), y era leer á todos los cardenales una orden en que se decia «que el emperador estaba muy irritado contra los cardenales, porque desde su llegada á Fontainebleau hasta el presente habian tenido al Papa en la inaccion, y que si querian permanecer en aquella ciudad, debian abstenerse de seguir toda negociacion, de escribir cartas á Francia ó Italia, y de hablar de negocios al Papa (nótese aqui la coherencia de ideas); finalmente, debian permanecer en una perfecta impasibilidad, y limitarse á visitar al Santo Padre de pura ceremonia y cumplimento: si obraban de otro modo, su libertad correria peligro.» Después de haber leído el coronel esta orden al cardenal Pacca, le preguntó si prometia cumplir las dos cosas que el emperador exigia. El

(1) *Mem. del cardenal Pacca*, t. 2, p. 123-124.—*Artaud, Historia del Papa Pio VII*, t. 2, p. 332-333.

cardenal nada contestó por lo tocante á la prevencion que á él y al cardenal Consalvi se les hacia de dar al Papa noticia del destierro del cardenal di Pietro; y respecto á la otra orden dijo, que trataria de arreglar su conducta de modo que no dejara ningun motivo de queja al emperador; pero que no podia prometer cumplir todo lo que se le pedia en aquel escrito, porque tal vez podria ocurrir que el Papa le diese alguna orden en sentido contrario á esta promesa. «En ese caso, replicó el coronel, si el Papa os manda hablar á alguno de negocios, escribir, ó enviar algun escrito, ¿vuestra Eminencia obedecerá?» — «Indudablemente, respondió el cardenal; pues con juramentos solemnes le he prometido varias veces fidelidad y obediencia.» — «Al menos declarad por escrito, replicó el coronel, que yo os he comunicado las órdenes del emperador.» El cardenal cogió una pluma y escribió: «He visto.» y firmó «B. card. Pacca.»

Dos decretos imperiales se publicaron con fecha 13 de febrero y 25 de marzo (4). El primero declaraba el concordato de Fontainebleau ley del imperio, inscribiéndolo como tal en el *Boletín de las Leyes*, núm. 488, y trasmitiéndolo á todos los tribunales y demas autoridades públicas. En el segundo, el mismo concordato era declarado obligatorio para todos los arzobispos, obispos y cabildos del imperio y del reino de Italia, insertándolo asimismo en el *Boletín de las Leyes*, núm. 490: se anunciaba un proyecto de ley contra los trasgresores; finalmente, se prescribia en particular la ejecucion del artículo 4.º con algunas variantes que agravaban aun mas las disposiciones contenidas en aquel artículo. La publicacion de estos decretos hizo temer que Napoleon intentara llevar adelante sin mira-

(1) *Mem. del cardenal Pacca*, t. 2, p. 124-126

miento de ninguna especie la ejecucion del concordato, poniendo á Pio VII en la dura alternativa ó de dar la institucion canónica á los obispos nombrados por el emperador, quien quiera que fuesen, ó de ver nacer un cisma que no tardaria en propagarse por varias diócesis de Francia ó Italia. Pero Bonaparte creyó que no era aquel momento oportuno para escitar un incendio en las iglesias de su imperio y aumentar el descontento de los pueblos: contentóse con preparar el camino para la ejecucion de sus planes al regresar de la campaña que emprendió de allí á poco contra los aliados. El desgraciado resultado de esta campaña y su abdicacion despues de la toma de París, hicieron abortar todos esos designios. Asicayó y desapareció aquel funesto concordato, que amenazaba á la Iglesia con nuevos desastres y persecuciones.

Sin embargo, como no podian los cardenales proveer tan extraordinarios acontecimientos, aconsejaron al Papa espidiese un acto que pudiera en lo venidero servir de protesta contra aquellos decretos, á fin de que nunca se le pudiera acusar de haberse adherido á ellos, ó consentido tácitamente. En consecuencia Pio VII dirigió con fecha 9 de mayo al Sacro Colegio una alocucion escrita de su mano, y la comunicó sucesivamente á todos los cardenales, como la primera, encargando á cada uno de ellos sacara una copia de su misma letra y la conservara, como que debia ser para lo sucesivo un documento irrecusable de sus determinaciones no menos para regla de su conducta ulterior que para sostenimiento de los derechos de la Santa Sede. Pio VII recuerda en este documento su carta de 24 de marzo al emperador, y la alocucion del mismo dia al Sacro Colegio: en seguida da cuenta del destierro del cardenal di Pietro y de la publicacion de los dos decretos que acabamos de mencionar: advierte á los metropolitanos que no hagan ningun caso de un acto no consuma-

de y revocado; y por último, dirige al emperador una nueva súplica para que cuanto antes se ajuste un tratado que descanse en bases conciliables con los deberes de la Santa Sede.

Los cardenales emprendieron entonces por orden del Papa un trabajo mucho mas espinoso, es á saber, la redaccion de una bula para el reglamento del futuro cónclave, en el caso de que á las desgracias de la época se agregara tambien la de la muerte del Santo Padre. En seguida Pio VII redactó de su propia mano una minuta de esta bula (1), cuya precaucion fué superflua, aunque el pensar en ella habia sido muy discreto.

Cuando mas arriba hemos dicho que Bonaparte creia que aun no era tiempo de escitar una conflagracion en las iglesias de su imperio, mandando ejecutar sin consideracion de ninguna especie el concordato de Fontainebleau, no hemos querido decir que se abstuviera de proveer las Sedes vacantes. Tres de estas se hallaban en una situacion particular (2): la de Tournay, la de Gante y la de Troyes, pues sus titulares estaban desterrados y no podian sostener comunicacion con sus diócesis. Mr. De Broglie, obispo de Gante, á causa de alguna correspondencia secreta, habia sido trasladado de Beaune á las islas de Santa Margarita. Suponíase que este prelado y sus dos colegas habian perdido toda su jurisdiccion, aunque su dimision, hecha bajo los cerrojos de una prision, no habia sido admitida por el Soberano Pontífice. Para reemplazarlos parecia natural esperar un convenio sobre el particular, asi como sobre los demas puntos que estaban en litigio; pero Bonaparte, acostumbrado á arrostrar obstáculos, tuvo la

(1) *Mem. del cardenal Pacca*, t. 2, p. 136-138.—*Artaud, Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 335.

(2) *Mem. para la Hist. Eccles. del siglo XVIII*, t. 3, 599-602.



idea de proveer aquellas tres Sillas, aunque en realidad no estaban vacantes. Al notificar el ministro de cultos el decreto á los respectivos cabildos, les recomendó diesen en el acto poderes á los sujetos nombrados. El cabildo de Troyes contestó el 25 de abril de 1813, no poder hacer lo que se le prevenia, por varias razones que manifestaba á continuacion. El ministro se esforzó en refutarlas en una carta del 30, é insistió para que se dieran los poderes al abate de Cussy, que era el eclesiástico nombrado: parte del cabildo cedió y le eligió vicario capitular. Habiendo causado esta eleccion escrúpulos en las conciencias, los partidarios de aquel acto esparcieron escritos para justificarlo. Mas no quedaron sin contestacion, y á fin de desvanecer toda duda hicieron algunos eclesiásticos el viaje á Fontainebleau, para consultar al Santo Padre, quien, á pesar del espionaje de que se veia rodeado, halló medio de hacerles saber que reprobaba lo que el cabildo habia hecho, y declaraba que Mr. Boulogne era el único obispo legítimo y el único depositario de los poderes. Al saber esta noticia uno de los vicarios generales de aquel cabildo se retractó: muchos eclesiásticos no quisieron reconocer al abate de Cussy, y los alumnos del seminario se retiraron. Habiendo rehusado Mr. Boulogne en noviembre siguiente firmar un nuevo acto de dimision, fué llevado de Falaise á Vincennes, y permaneció preso hasta la restauracion. Al pasar Napoleon por Troyes en febrero de 1814, tuvo aun humor de ocuparse de esta disputa, aun en medio de sus desastres, y obligó á una parte del cabildo á renovar los poderes en favor de su protegido. Habiendo hecho algunos al emperador la objecion de que la Sede no se hallaba aun vacante, replicó bruscamente: *Pues le mandaré fusilar y veremos si entonces está vacante la Sede.* En Tournay, parte del cabildo cedió tambien; pero esta diócesis fué una de las menos agita-

das, gracias á la moderacion del abate Saint-Medard, electo obispo. En esta diócesis todo se redujo á amenazas y nadie fué desterrado. No tuvo Gante tanta felicidad. Allí se presentó en 9 de julio el abate de La Brue, portador de un nombramiento para el obispado. Anteriormente se habia remitido al cabildo un acto suscrito en Dijon por el titular, por el cual este renunciaba nuevamente á la administracion de su diócesis. Este escrito sirvió de pretexto á una deliberacion del cabildo el 22 de julio, nombrando vicario capitular al abate de La Brue. Esta eleccion fué hecha por cinco canónigos, uno de los cuales parecia tener un título no muy sólido. Dos vicarios generales del titular protestaron, y la mayoría del clero no reconoció la eleccion. Habiendo seguido los seminaristas su ejemplo, fué enviado el director del seminario á Vincennes, dos profesores fueron deportados y los alumnos destinados al servicio militar. Parte de ellos fueron conducidos á Wesel y encerrados en la ciudadela, en la que cuarenta y ocho perecieron víctimas de una enfermedad contagiosa. Los demas no volvieron sino despues de la libertad de los Paisos-Bajos. Este bárbaro tratamiento no sirvió sino para hacer aun mas odioso el nuevo vicariato general de Gante. Un segundo escándalo acabó de arruinarle en el concepto público. El abate de la Brue mandó hacer el dia de la Asuncion, 15 de agosto, una procesion para celebrar el cumpleaños del emperador. Siete párrocos no quisieron asistir á ella por no tener ninguna comunicacion con él, é hicieron la procesion con las oraciones de costumbre en sus iglesias. Al dia siguiente se publicó contra ellos un entredicho, concebido en los términos mas ofensivos, y en el que invocando los cánones, no parecia sino que era para burlarse de ellos. Los siete párrocos se ocultaron, y el autor de aquellos arrangues de autoridad creyó haber aterrado á los que mayor oposicion le hacian. Pero por

el contrario, no hizo mas que acabar de echar á perder su causa con semejantes violencias. De mil doscientos eclesiásticos que componian el clero de la diócesis, apenas hubo treinta que reconocieran los nuevos vicarios generales, y esos eran los mismos que en otras épocas habian dado pruebas de su complacencia. Las cosas permanecieron en este estado hasta fin de enero siguiente, en que el abate de la Brue y su Consejo salieron de la ciudad, que fué abandonada por los franceses en la noche del 1 al 2 de febrero. Entonces se estinguió el cisma; los sacerdotes que vivian ocultos volvieron á presentarse; los vicarios generales del obispo volvieron á ejercer sus funciones, y los que habian tenido parte en las últimas turbulencias tuvieron que dar una satisfaccion.

En Fontainebleau se sucedian los dias bajo el tédio de una importuna vigilancia (1). Al mismo tiempo se empleaban diversos medios para comprometer á Pio VII. Algunos franceses, que vivian con el Santo Padre, habian tomado la tarea de ridiculizarle, presentándole como un hombre ocioso y casi idiota, que no pedia un libro á la biblioteca, ni salia nunca á pasear; pero el Papa no dejaba de ver á los cardenales, los recibia á todas horas, y los obispos franceses tampoco dejaban de asistir á la audiencia á la hora señalada; y fuera de esto, para un hombre piadoso ¿no son una biblioteca la mas vasta y fecunda un crucifijo y una imágen de la Santísima Virgen? Si no salia de casa era para dar un testimonio mas evidente de su estado de cautividad; á lo menos asi no veia á los que por orden del gobierno le hubieran ido espionando durante el paseo. Los cuatro obispos franceses debieron arrepentirse bastante en lo sucesivo de la li-

jereza con que hablaron del Santo Padre, antes de presentarse en su audiencia. «Vamos, decian ellos, vamos á oír las historietas de Tívoli, de Imola, y de Cesena.» Ciertamente es, que el Papa no leia; pero es porque no tenia tiempo. Por lo tocante á las historietas de Cesena, Imola y Tívoli, deberian recordar los autores de este desgraciado chiste, que ni una sola conversacion familiar tuvo lugar entre ellos y el Santo Padre desde el Concordato de enero. Desde aquel triste suceso no dejó de manifestarse en el rostro del Pontífice, al principio un profundo abatimiento, y despues de la carta del 24 de marzo, alguna cosa de preocupacion, aumentada por un sentimiento de desconfianza.

Otro grave cargo fué hecho tambien á Pio VII por uno de los subalternos que habitaban en el palacio. Este escribia que el Papa se entretenia en remendar sus vestidos y lavar sus sotanas manchadas con el mucho tabaco que dejaba caer en ellas. El que daba tales detalles al gobierno ignoraba sin duda que el Papa, educado en una orden ejemplarísima, habia contraido esas costumbres de arreglo y economía (cuando Pio VII subió al pontificado, hacia cuarenta y dos años que era monje): por espíritu de humildad y hasta de complacencia y aun de atencion para con sus criados, nunca pedia nada para él; y como el general Radet lo habia visto por sí mismo, mostrándose altamente admirado, este buen religioso se acostaba en un lecho sin pabellones ni cortinas, y conservaba en el trono las costumbres del anacoreta. Por lo tocante á la pueril acusacion de si tomaba ó no demasiado tabaco, diremos que es por cierto estraña en boca de un emisario de Napoleon, que no usaba con mas moderacion de este polvo, bueno, segun dicen, para tener despierto el ánimo y dar firmeza al valor. El mismo Pio VII habia cuidado de acusarse de este defecto antes que nadie lo hiciese, cuando, despues

(1) *Memor. del card. Pacca*, t. 2, p. 146-148. — *Artaud, Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 336-337.



de dar su magnífica contestación en el palacio de las Tullerías, sacudió lo alto de su túnica blanca, manchada de tabaco, como quien dice: «Ved lo que os quedará: este miserable monje que ni aun sabe algunas veces tener limpia su ropa.»

Aunque el emperador había prohibido á los cardenales hablar de asuntos al Papa, so pena de su libertad (pues la pena de muerte no había sido anunciada en la notificación del coronel Lagorse, y solo se había hablado confidencialmente de ella en el Consejo de Estado), personas pertenecientes al clero, y hasta seglares, venían de todas partes de Francia á Fontainebleau, á pedir instrucciones en aquella época de desórdenes y á obtener dispensas y otras gracias espirituales.

En 2 de mayo, el emperador obtuvo una victoria dudosa en Lutzen (1). Apenas se recibió en París la noticia, despachó la emperatriz un page á Fontainebleau con una carta al Pontífice, anunciándole la victoria, como un suceso que debía serle agradable. No debía sin embargo serlo mucho para los prelados italianos, no porque desearan mal á la nación francesa ni á su ejército, sino porque el triunfo del que los tenía en aquel estado de destierro y abatimiento, amenazándoles con un porvenir aun mas funesto, no podía menos de hacer mas penosa su situación. Reuniéronse los cardenales para contestar á la emperatriz. Las leyes de urbanidad y miramientos en cuyo círculo Napoleon (que sin duda había dado aquella orden) volvía á colocarse, fueron causa de que el Papa se creyera obligado á contestar á aquel acto, por lo menos en apariencia, con política y cortesía; mas era preciso pesar las palabras y no aventurarse á expresiones que podían ser interpretadas como

(1) *Mem. del cardenal Pacca*, t. 2, p. 155-157.

una felicitación, que se hubiera publicado en los periódicos, y que habría disgustado á las potencias enemigas de la Francia y á las que hubieran podido intervenir en favor del Pontífice. En vista de algunas no interrumpidas atenciones de Bonaparte, sospechábase que el Austria principalmente le había dado preventivamente á conocer sus sentimientos de interés hácia el Santo Padre, mas marcados, y con voluntad de que se hiciese mas caso de ellos que el que anteriormente se había hecho: era por lo tanto preciso que el cautivo no escribiese como un amigo contento con su suerte. Compúsose, pues, una contestación de estilo frio, lacónico y concretándose á dar gracias por la comunicacion de la noticia; y para que semejantes expresiones, aunque inocentes, no se dieran al público, se tuvo cuidado de ingerir entre ellas una sentida queja del Papa á la emperatriz, acerca de la conducta que el gobierno observaba con la corte romana, y particularmente del indigno modo con que últimamente habían arrancado un cardenal del lado del Papa. El gobierno francés cometió una falta en esponerse á recibir semejante contestación. Preciso es estar alucinado con su grandeza para ir á pedir á un prisionero suyo cante las glorias del que va á añadir nuevo peso á sus cadenas, y se alegre por el triunfo del que le está tiranizando. La contestación del Papa cortó de raíz la correspondencia que el gobierno queria mantener, para dar á entender al pueblo francés y á los extranjeros que iban á reanudarse cuanto antes las negociaciones con el Santo Padre. Efectivamente, este fué el rumor que hicieron circular por París; rumor, que aunque falso, aceleró la muerte á Muzzarelli, teólogo de la Penitenciaría, confinado entonces en aquella capital. Este docto y piadoso eclesiástico, autor de diversas obras de Religion, se hallaba ya gravemente enfermo; mas al oír esta noticia divulgada con maligna intención, tuvo tal

disgusto que agravó la dolencia que padecía. Poco antes de morir, confesó que el temor de un nuevo tratado con Bonaparte le había sumergido en el dolor mas profundo; rogó á uno de sus amigos que se lo refiriera así á Pio VII, y le aconsejara no entrar en ningun acomodamiento con un gobierno pérfido é irreligioso.

Durante el estío de 1813, se supo en Fontainebleau que se había concluido un armisticio entre el ejército francés y el de los aliados, y que en Praga, bajo la mediación del emperador de Austria, iba á celebrarse un congreso de ministros de diversas potencias para tratar de la paz general (1). Se aconsejó al Papa que aprovechase una circunstancia tan favorable para reclamar á la faz de Europa sus derechos y los de la Santa Sede sobre los Estados romanos. En su consecuencia el Papa escribió de su propia mano una carta al emperador Francisco I, en la que espresaba tales sentimientos (2). Esta carta, que recordaba las muestras de interés dadas al Papa de orden de este piadoso monarca por su ministro, el conde de Metternich, durante su permanencia en Savona, fué dirigida al prelado Severoli, nuncio pontificio en Viena, y el pliego fué entregado secretamente al conde Tomás Bernetti, sobrino del cardenal Brancadoro, que posteriormente fué tambien cardenal. El conde partió para Maestricht, y allí se entendió con Vanderweck, de aquella ciudad, para que pasara á Viena y entregara aquella comunicacion al nuncio Severoli. La comision fué lealmente ejecutada, á pesar de la vigilancia de la policía del gobierno francés. Los cardenales del consejo íntimo habían pensado que una carta semejante del Papa debía ser

considerada como una protesta contra la ocupacion del Estado pontificio, y que era necesario enviar aquella reclamacion, sobre todo desde la publicacion del concordato de 25 de enero, para oponerla á cualquiera que en el congreso de Praga hubiere querido argüir, en vista de algun artículo del concordato, diciendo que el Papa había renunciado tácitamente á los dominios de los Estados romanos.

Entretanto en París no se causaban de hacer tentativas para ajustar un convenio; no porque desearan sincera y realmente arreglar los asuntos de la Iglesia, sino porque querian desvanecer ó por lo menos disminuir la molesta impresion que en el alma de los buenos católicos causaban la larga cautividad del Papa, el estado de anarquía que afligia á la Iglesia católica y la absoluta falta de comunicacion entre los fieles y su Gefe supremo (1). Tambien podia sospecharse otro motivo político de parte de Napoleon. Este preveía que antes de mucho tendria que entrar en negociaciones con las potencias aliadas, y que, entre otras condiciones, se veria obligado á restituir los Estados de la Santa Sede. Podía, pues, por lo tanto, tener el proyecto de contentar por de pronto al Papa, concediéndole una pequeña parte de sus Estados y en seguida anunciar al congreso por medio de sus plenipotenciarios que todo estaba arreglado con la Santa Sede y que no habia necesidad de mas tratado. Asi es que los cardenales amonestaron enérgicamente á Pio VII á no aceptar ningun acomodamiento y á responder con resolucion que en Roma, y no en otra parte, libre y rodeado del Sacro Colegio, era donde oiria las proposiciones que se le hicieran. Y en verdad hubiera sido muy imprudente entrar entonces en un arreglo. Las rápidas victorias de las potencias aliadas contra la Francia parecían anu-

(1) *Memor. del cardenal Pacca*, t. 2, p. 159.

(2) *Ibid.*, p. 160-161.—Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 343-348.

(1) *Mem. del cardenal Pacca*, t. 2, p. 161-165.



ciar que no estaba ya lejos el instante, en que el Señor iba á romper, ó por lo menos á soltar la vara de que hasta entonces se habia valido para castigar á las naciones. La prudencia aconsejaba, pues, que se esperara el resultado de aquella grande lucha, y no se disgustara á los monarcas aliados haciéndoles creer que estaba próxima á verificarse una reconciliacion entre Bonaparte y Pio VII, y hasta haciéndoles olvidar, sobre todo á los príncipes de la casa de Borbon, el esceso de condescendencia que habia tenido, prestándose á la ceremonia de la consagracion.

La primera persona enviada por el gobierno francés para abrir las vias de reconciliacion entre el sacerdocio y el imperio fué la marquesa Ana Brignole, entonces dama de honor de la emperatriz María Luisa. Esta señora llegó una tarde del mes de noviembre, tuvo una entrevista con el cardenal Consalvi, á quien conocia desde muchos años atrás, y le dijo que el príncipe de Benevento, despues de una larga conferencia con el emperador, la habia mandado llamar, y la habia rogado pasase en el acto á Fontainebleau, para hacer saber á los ministros del Papa que el gobierno queria entrar de nuevo en negociaciones, y que convendria que Pio VII enviase á Paris con este objeto un cardenal, que residiera cerca del emperador. En aquel mismo dia dió Consalvi cuenta al Papa y á sus colegas del objeto de la venida de la marquesa y de las proposiciones que habia hecho; pero, despues de una breve conferencia, se respondió que no era aquel el tiempo ni el lugar oportuno para tratar de los asuntos de la Iglesia.

A la dama de honor de la emperatriz María Luisa, sucedió en lo tocante á negociaciones un eclesiástico, Esteban Fallot de Beaumont, obispo de Plasencia (Italia). Este prelado, nacido en Aviñon en 1750, habia sido elevado por Pio VI al obispado de Vaison en el condado Venesino. Habienlo tenido que abando-

nar la Francia durante la persecucion suscitada contra el clero católico, pasó á Italia y halló proteccion y asilo en los Estados de su soberano. A su regreso á Francia fué del número de los obispos que renunciaron á sus Sedes, para que fuese puesto en ejecucion el concordato de 1801, y obtuvo por nombramiento del primer cónsul Bonaparte el considerable obispado de Gante, en Flandes. Desde allí fué trasladado en 1807 á la Sede episcopal de Plasencia, para donde fué tambien nombrado por Napoleon, que tenia el proyecto de colocar en las Sedes episcopales de Lombardia y Toscana prelados franceses, para introducir en Italia las máximas galicanas, ó por decirlo todo con una sola palabra, para *galicanizar* las iglesias italianas. En Plasencia hizo cuanto pudo para comprometer al clero romano que estaba confinado allí á prestar el juramento exigido por Napoleon; juramento prohibido y reprobado por el Papa. Favoreció tambien apasionadamente los proyectos de Bonaparte tocante á los asuntos eclesiásticos en la asamblea de obispos del año 1811. Esta condescendencia le valió ser nombrado arzobispo de Bourges. Fallot de Beaumont pasó en el espacio de algunos dias dos veces á Fontainebleau para entrar nuevamente en arreglos, pero con muy poco éxito.

Pio VII le manifestó en la primera audiencia, que no podia alterar en nada su modo de pensar (1). Habiéndosele dado á Fallot de Beaumont orden el 18 de enero de 1814, de volver á ofrecer al Santo Padre Roma y las provincias hasta Perugia, el Papa respondió que no daria oidos á negociaciones, porque la restitucion de sus Estados era un acto de justicia y no debia ser objeto de un tratado; que además todo cuanto hiciera, no estando en Ro-

(1) *Memor. del cardenal Pacca*, t. 2, p. 165-171. —Artaud, *Historia del Papa Pio VII*, t. 2, p. 346-347.

ma, pareceria efecto de la violencia y serviria de escándalo al mundo cristiano. En el curso de la conversacion dijo el Santo Padre, que nada mas pedia que volver á Roma lo mas pronto posible; que no tenia necesidad de nada mas, y que la Providencia le guiaria allá. A varias observaciones que se le hicieron sobre el particular, como por ejemplo, el rigor de la estacion, contestó que no se detendria por ningun obstáculo. Tambien fué en esta misma ocasion cuando Pio VII dijo: «Es posible que nuestros pecados no Nos hagan dignos de volver á ver Roma; pero nuestros sucesores recobrarán los Estados que les pertenecen. Por lo demás, podeis asegurar al emperador que no somos enemigos suyos; pues la Religion no nos permite serlo. Amamos la Francia, y cuando estemos en Roma se verá que hacemos lo que conviene.»

Entre la primera y segunda mision de Fallot de Beaumont, hubo una tentativa indirecta (1). Se trató de ver si se conseguiria algo por medio de un coronel de gendarmeria. Hallábase el cardenal Pacca hablando con Consalvi en el aposento de este, cuando sin ser anunciado se presentó el coronel Lagorse, el cual dijo que se alegraba de encontrar juntos á los dos cardenales, pues con los dos tenia que hablar; y despues de esto principió haciendo reiteradas instancias para que se ocuparan nuevamente en un arreglo del emperador con el Papa. Consalvi le respondió con la mayor franqueza, y sobre todo le preguntó, cómo los cardenales habian de poder ocuparse en esta negociacion, estándoles prohibido hablar de negocios con el Papa?

Al poco tiempo de haber dado Fallot de Beaumont cuenta de su comision, llegaron unos coches vacios y se fueron colocando á lo largo del patio del palacio (2). Aquella misma ma-

(1) *Mem. del card. Pacca*, t. 2, p. 171-182. —Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 348.

(2) *Ibid.*, p. 349-353.

ñana Lagorse, que habia sido llamado á Paris, volvió á presentarse en Fontainebleau. Por la tarde, despues de comer, dirigiendo la palabra á los cardenales y principalmente á Mattei, dijo con aire misterioso que tenia que comunicarles una gran noticia; que se le habia dado orden de hacer marchar al Papa al dia siguiente, y conducirlo cuanto antes á Roma.

En el acto se apresuraron muchos cardenales á anunciar este acontecimiento á Pio VII. Aconsejaronle que insistiese en ser acompañado en el viaje por tres, ó por lo menos dos cardenales, y hasta por uno solo si otra cosa no podia conseguirse.

De allí á poco se presentó Lagorse al Papa, y con respetuoso tono le comunicó la orden de marcha para la siguiente mañana. Pio VII, segun los consejos que habia recibido y aprobado, pidió por compañeros de viaje tres cardenales, luego dos, y por último uno solo; pero el coronel contestó que, segun las instrucciones que se le habian dado, no podia consentir que le acompañaran mas que Bertazzoli, en el mismo carruaje del Pontífice, y en otro de la comitiva el doctor Porta, médico pontificio, y uno de los cirujanos del emperador, encargado tambien especialmente de cuidar de la salud del Papa.

Al otro dia, 23 de enero de 1814 por la mañana, el Papa despues de haber oido misa, se retiró á su aposento y recibió á todos los cardenales existentes en Fontainebleau. Allí con rostro sereno les dijo, que hallándose á punto de separarse de ellos, sin tener noticia del lugar á donde se le iba á llevar, y sin saber si tendria el consuelo de volverlos á ver, los habia reunido en su habitacion para manifestarles sus sentimientos é intenciones. Prosiguió hablando en estos términos: «Estamos íntimamente persuadidos que vosotros, señores cardenales, ó bien reunidos, ó bien dispersos en distintos paises, no os separareis